

Iñaki García Arrizabalaga

**XVII ANIVERSARIO IN MEMORIAM POR
FERNANDO BUESA Y JORGE DÍEZ**

Activando una sociedad que se reconozca en las víctimas

Jaun andreok, gabon guztioi.

Izan zaitetze guztiak ongi etorriak

Eskerrik asko hemen egoteagatik, omenaldi eta oroipeneko ekitaldi honetan.

Quiero que mis primeras palabras, desde el corazón y sin ningún tipo de matices, sean de cercanía y de calor humano con las familias Buesa Rodríguez y Díez Elorza. Hoy se cumplen 17 años desde que, en esta misma ciudad, Fernando y Jorge fueran asesinados por ETA.

Nati, Marta, Carlos y Sara. Vuestro marido y padre tenía 53 años cuando fue asesinado. Exactamente la misma edad que tenía el mío cuando fue asesinado...

Begoña, José Antonio, Lorena. Mi hermano mayor iba a cumplir 26 años entonces. La misma edad que tenía Jorge cuando fue asesinado en el mismo atentado...

Y yo me pregunto hoy ¿para qué sirvieron las muertes de Fernando y Jorge? ¿Para qué sirvieron las muertes de Josu Leonet y José Ángel Santos, asesinados en Donostia tal día como hoy, con otro coche bomba de ETA, justamente un año más tarde que Fernando y Jorge? ¿Acaso estas muertes sirvieron para hacer una Euskadi más libre, más digna o más justa? No. Rotundamente no. Justamente para todo lo contrario. Algunos ya lo dijimos hace 17 años y lo seguimos diciendo hoy: sus asesinatos sólo sirvieron para causar dolor, destrucción y sufrimiento en vuestras familias, y para sumergir aún más en el abismo de la decadencia moral al conjunto de la sociedad vasca. A Fernando y a Jorge no les dejaron escoger. A vosotros no os dejaron escoger. La intolerancia extrema de unos seres humanos cegados por el odio os convirtió en víctimas sin escogerlo.

La Fundación Fernando Buesa, a quien agradezco la invitación formulada para estar hoy aquí con ustedes, me pide que reflexione sobre el tema "**Activando una sociedad que se reconozca en las víctimas**". Confieso que inicialmente dudé mucho en aceptar la invitación, porque les adelanto que sobre este asunto de la memoria soy cada vez más escéptico. Y lo soy porque veo poco interés por el tema entre la mayoría de mis conciudadanos. Y sobre este asunto del escaso interés social por la memoria tengo mi propia teoría, que comparto con ustedes. Veamos.

Cuando ETA actuaba, cuando se asesinaba a uno para atemorizar a miles y que así se sintiesen posibles próximos objetivos de sus atentados, la sociedad -egoístamente hablando- tenía algo que ganar si ETA dejaba de matar. Por ejemplo, recuerdo perfectamente que durante muchos años, el problema del terrorismo encabezaba las preocupaciones ciudadanas en los barómetros de opinión pública.

Terminada ETA, pensábamos entonces, se acabarían las muertes, el miedo de que a cualquiera pudiera tocarle esa macabra lotería, terminarían las amenazas, se reactivaría la economía, volvería el turismo, viviríamos mejor... En definitiva: ganaríamos todos.

Y creo que esa sensación del "ganaríamos todos" se ha instaurado: es cierto que todos hemos ganado con la desaparición de facto de ETA. El "ya podemos respirar a gusto porque esto se ha terminado" es algo que se ha generalizado entre

nuestros conciudadanos. Los barómetros de opinión nos indican que actualmente una gran mayoría de vascos comparte actualmente la sensación de vivir en una situación de paz y normalidad. Esto se ha terminado.

En definitiva: lo que sostengo es que la sociedad vasca se movilizó finalmente contra ETA de manera masiva porque tenía algo que ganar: la paz y la libertad, quitarse el miedo de encima.

Y uno se pregunta, ¿qué pasa entonces con la memoria? ¿por qué no hay hoy esa misma efervescencia social que hubo antaño contra ETA ahora en la tarea por la preservación de la memoria? Pues sencillamente, y pido perdón si a alguien pueden ofender mis palabras, porque creo que a la sociedad esto de la memoria no le interesa tanto. O, mejor dicho, porque la sociedad no ve de manera clara en qué le puede interesar, qué puede ganar, en qué le beneficia ser activa en la preservación de la memoria, cuál es la lección que hay que aprender. No es un tema prioritario. La memoria no aparece como prioridad ciudadana en ningún sondeo de opinión. Creo que, en esto de la memoria, el argumento del “deber ser” kantiano no parece suficientemente motivador para el conjunto de la sociedad.

Si movilizarse contra ETA y acabar con ella fue, en el límite, una cuestión de supervivencia, ahora con la memoria no hay problema de supervivencia alguno que valga. Por si esto fuera poco, si ya antaño se podía vivir aquí perfectamente bien pasando de ETA y de todo lo que suponía y generaba (lo que yo llamaba la indiferencia militante, esa gente que estaba “tan cerca” pero a la vez “tan lejos”), no les cuento cuán maravillosamente bien se puede vivir hoy en día pasando también de todo este asunto de la memoria de las víctimas y de lo que ha sucedido.

Y, claro, todo esto empieza a pasarnos factura. Por ejemplo, constato que el olvido de nuestra historia muy reciente es ya no una amenaza potencial, sino un hecho real y presente entre nuestros jóvenes. Los estamos perdiendo en esto de la memoria. Como no se habla de “eso”, ni en casa con la familia, ni en la calle con los amigos o en las cuadrillas y, salvo excepciones, tampoco ni se habla ni se trata en los centros de enseñanza, corremos el riesgo de que nuestros jóvenes vivan el pasado reciente como algo irrelevante. Deben saber que es cierto que es un pasado del que como sociedad no nos sentimos orgullosos, pero ¿cómo vamos entonces a tener empatía, a no perder la sensibilidad ante el dolor, a reconocer a las víctimas si renunciamos por acción u omisión a conocer lo que ha pasado en este país?

En este sentido, iniciativas públicas como la de Gogora o la del Centro Memorial Víctimas del Terrorismo, iniciativas privadas como la de esta misma Fundación Fernando Buesa o la del blog Gogoan-Por una memoria digna (creado por antiguos miembros de la extinta Gesto por la Paz), son esenciales para sacar la memoria a la calle y poder romper así una inercia que como sociedad tenemos al olvido y a pasar página rápidamente

Pero debemos ser conscientes de que también existe el riesgo contrario. Escribía muy recientemente el sociólogo Imanol Zubero en otro foro de la extinta Gesto por la Paz que “tras un conflicto la sociedad no soporta ni a las víctimas ni a los héroes”.

Ciertamente, la sociedad tiene ya amortizadas a las víctimas del terrorismo. Creo que se está extendiendo el sentir del “¿Otra vez hablando de las víctimas del terrorismo?; ¿pero qué más quieren?; ¿no están ‘anestesiando’ a la sociedad con la repetición de sus mensajes?”.

Voces importantes y cualificadas plantean que tal vez estas opiniones tengan algo de razón. Plantean que tal vez las víctimas deban dejar de ser un testimonio vivo de la tibieza con la que la mayoría de la sociedad se comportó frente al terrorismo, de la dimisión de la gran mayoría de la sociedad vasca en el deber de solidaridad y

cercanía a las víctimas del terrorismo cuando, por ejemplo, en la década de los 80 se mataba casi a diario.

Ya sé que el tiempo corre en contra de la memoria. Pero se nos plantea que tal vez las víctimas debamos tolerar a la sociedad esta nueva "victimación" en aras del interés común. Se nos plantea que tal vez haya que dejar pasar un doloroso tiempo terapéutico para que por fin aparezca la autocrítica, para que -por ejemplo- del apoyo y el aliento de la izquierda abertzale al terrorismo se llegue a reconocer sin matizaciones de ningún tipo, e independientemente de lo que hagan o digan los adversarios políticos, que matar estuvo mal, que nunca debió suceder y que nunca debería repetirse.

Pues yo me rebelo contra esa nueva victimación encubierta. Por eso, porque creo que el que calla otorga, y porque el silencio tiene la propiedad de multiplicarse a veces de manera irreversible, no quiero callarme y proclamo que la memoria, si no se quiere ver limitada a la pura retórica del "buenismo", en el que muchos se sienten cómodos, **debe servir principalmente como instrumento para deslegitimar la violencia**. Si no es así, nos habrá fallado la memoria.

No debemos permitir que, con el paso del tiempo, se diluyan responsabilidades en lo que ha pasado, porque entonces acabaremos en un "todos tuvimos responsabilidad en lo que ha pasado" y esto no fue así. **Las responsabilidades no son iguales y las de unos han sido mucho mayores que las de otros**.

Pido a nuestros políticos, a nuestros gobernantes, que con el paso del tiempo no se reduzca el umbral de exigencia ética en este tema capital. Que no se permita entonces que el significado de la memoria sea definido en función de la correlación de fuerzas políticas en un momento dado, del presente o del futuro. Porque hacer esto, una lectura relativa y no absoluta de la memoria, beneficia a quienes más responsabilidad han tenido ante tanto sufrimiento, precisamente los más empeñados en dejar pasar el tiempo y en que sean las generaciones futuras las que definan el significado de la memoria, las que interpreten nuestra historia reciente, lo que pasó.

En este sentido quiero señalar cuánto ayudaría en esa tarea básica que asigno a la memoria que el reconocimiento del daño causado no sólo sea la obviedad de reconocer que ha existido, que se nos ha hecho daño, sino la valentía y la altura ética de reconocer que ese daño ha sido injusto humanamente e inútil desde el punto de vista político. Que matar no fue un mal necesario, como nos quieren hacer creer, sino un acto irreversible contra la dignidad humana. Y que, además, fue inútil. Un error, sí, claro que sí. Pero sobre todo un horror.

Solo así podremos construir una memoria que deslegitime para siempre la violencia como medio para la acción política. Creo que esto es lo que necesitan escuchar hoy en día nuestros jóvenes. Y si en lugar de decirselo las víctimas se lo dicen quienes practicaron o apoyaron la violencia, mucho mejor.

Pero, por desgracia, todavía en la sociedad vasca de hoy no existe el necesario consenso para leer de la misma manera el pasado reciente de estas últimas décadas. Y eso nos divide. Bloquea en el presente el acuerdo entre los partidos políticos en cuestiones éticas básicas y nos impide proyectar al unísono el trabajo por la memoria en el futuro.

Pido a nuestros representantes políticos que trabajen pues en desbloquear el presente, en consensuar un suelo ético mínimo para poder construir el futuro. Porque para poder construir ese futuro en sociedad no podemos vivir como si algunas cosas no hubieran ocurrido, o como si su existencia no hubiese tenido nada que ver con nosotros.

Frente a quienes piensan que forma parte de la inercia natural de una sociedad que las víctimas se amortizan con el tiempo, yo quiero hoy reivindicar la memoria de

quienes fueron asesinados. De todos. Pero la mía no se trata de una memoria para alimentar el odio, el resentimiento o la venganza. Es una memoria para el futuro, para la convivencia, para enseñar a los que vienen detrás de nosotros que en el futuro ojalá no caigamos de nuevo en los errores del pasado, para reflexionar sobre qué podemos hacer para que nunca más vuelva a suceder lo que nos pasó.

Y voy a intentar concretar algunos aspectos de esa memoria de futuro que me preocupa cómo se planteen o que me gustaría que estuvieran presentes. Los planteo a modo de interrogantes. ¿Se asentará en la memoria el relato de los bandos?, ¿leerán en el futuro nuestros jóvenes que las víctimas del terrorismo no reaccionamos contra nuestros agresores agitando un proceso de enfrentamiento civil?, ¿leerán que la reacción general de las víctimas del terrorismo fue ejemplar y serena, educando a nuestras hijas e hijos en valores de respeto y tolerancia, sin odio ni rencor?, ¿les dirán que, en un momento dado, el estado de derecho decidió traspasar todos los límites democráticos de la decencia y ponerse a la altura de quienes combatía?, ¿sabrán que en Euskadi se llegaba a festejar la muerte de algunas personas?, ¿leerán que la gran mayoría de los vascos vivía muy bien y miraba para otro lado ante el dolor y el sufrimiento humano de quienes tenían al lado, “tan cerca” pero “tan lejos”?, ¿sabrán lo que nos costó reaccionar como sociedad?, ¿les contarán que con la excusa del terrorismo hubo cierta condescendencia social con la tortura?, ¿les contarán historias concretas de personas que fueron asesinadas y de cómo vivieron esa pesadilla sus familiares, su mujer y sus hijos?, ¿sabrán cuántas personas fueron asesinadas?, ¿les dirán lo que fue capaz de hacer el odio? ¿saldrán a la luz sufrimientos que han estado ocultos durante muchos años? Y podría seguir así citando más aspectos....

Las víctimas podemos aportar a esta tarea de construcción de la memoria de futuro un discurso de mensajes y valores prepolíticos y universalizables. Ya lo hemos hecho en varias ocasiones: Glencree, Eraikiz, etc.

Personalmente, soy de los que cree que más que por fidelidad a nuestras propias huestes, el futuro nos debería juzgar por nuestra capacidad de empatía con el dolor ajeno, el que existe fuera de nuestra esfera de comodidad.

Por ejemplo, en el reconocimiento de la igualdad de derechos de todas las víctimas. Debemos entender que esta reivindicación de la igualdad de derechos no implica igualdad de los procesos de victimación, ni de las causas que las produjeron, ni la existencia de bandos, ni simetrías, ni conflictos. Supone reconocer sencillamente que el sufrimiento humano ha existido porque muchas, demasiadas personas, pensaron que el fin justificaba los medios. Esa lectura gruesa de que reconocer la igualdad de derechos de todas las víctimas supone el blanqueo de la historia de ETA refleja una miopía política de futuro, además de evidenciar una falta total de empatía con personas que igualmente han sufrido la pérdida de un familiar o un ser querido.

Me van a permitir que les lea textualmente un extracto de un texto escrito por dos mujeres. Luego les diré quiénes son. Dice así...

“Una memoria excluyente, una memoria sesgada, parcial o incompleta, puede convertirse en un nuevo punto de controversia, en nuevo nudo que nos aleje del objetivo que todos perseguimos. Por ello creemos que estos son aspectos básicos de la memoria que debemos abordar entre todos y con todos sin dejar al margen ni una sola violación de derechos humanos; pero tampoco otros sufrimientos derivados del conflicto que también son parte de lo ocurrido, parte de la tragedia humana vivida y sin duda una parte de lo que NO deseamos vuelva a repetirse.

Creemos espacios plurales, donde tengan reflejo las distintas sensibilidades y construyamos entre todos el futuro donde entre todos tendremos que convivir, desde la diferencia, desde la divergencia política, cada uno con sus ideas, pero en paz y libertad.

Estamos dispuestas a estrechar la mano a quien quiera participar en un proceso de distensión que favorezca la consolidación de un escenario de paz total en la que además de no existir violencia se puedan defender y materializar por vía democrática todos los proyectos políticos. Estamos dispuestas a hablar, a entendernos, a crear espacios de diálogo, a establecer los mínimos comunes sobre los que ir tejiendo más acuerdos. Nuestra mano está tendida a quien nos busque con honestidad, merecerá la pena si con ello ayudamos a generar un futuro mejor para todos”.

Este texto fue escrito por Ane Muguruza y Edurne Brouard, hijas, respectivamente, de Josu Muguruza y Santi Brouard, diputados electos de Herri Batasuna que fueron asesinados.

Ambas están en mis antípodas ideológicas. De su texto podríamos matizar varias cosas, claro que sí. Incluso del propio lenguaje. Pero en lo esencial, en el núcleo y en el espíritu de su mensaje, yo estoy de acuerdo. Y creo que por esa vía podemos avanzar. En buscar, también en esta tarea común de construcción de la memoria para el futuro, cosas que nos unan más que cosas que no separen.

Y permítanme que termine ya mi exposición con una anécdota personal.

Un compañero de colegio, muy buen amigo mío, muy cercano al mundo de Herri Batasuna, a comienzos de 1981, esto es, a los pocos meses del asesinato de mi padre, se acercó y me vino a decir: “Iñaki, si quieres construir, si quieres avanzar, tendrás que olvidar lo que te ha pasado”.

Cada vez que escucho la canción “Medalla de cartón”, de Fito y Fitipaldis, me acuerdo de mi amigo. La canción dice “Tú crees que estoy cantando en el desierto. Y sé que solo muere lo que olvidas”.

No sé qué habrá sido de mi buen amigo. Me encantaría poder encontrarlo y decirle que, precisamente, por mi deber cívico de no olvidar, he podido construir y avanzar en lo personal.

Nos asesinaron a Fernando y a Jorge. Pero nunca conseguirán que los olvidemos, porque viven en nosotros, en nuestros corazones.

Ojalá que como sociedad podamos, colectivamente, hacer lo mismo con todas las víctimas del terrorismo. Sólo así podremos decir que no nos fallará la memoria...

Vitoria-Gasteiz, 22 de febrero de 2017.

Fernando Buesa y Jorge Díez fueron asesinados el año 2000. El padre de Iñaki García Arrizabalaga, Juan, delegado de Telefónica en San Sebastián, fue asesinado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas, una escisión de ETA, en 1980.